

# Los tres y el tercero

Alberto estaba mirando por la cerradura. Era una puerta de madera, vieja y gruesa, la pintura dejaba áspera la superficie. Era una de las tantas puertas que rodeaban al patio formando un semicírculo. En algunas había mujeres sentadas en la línea donde se iban a reunir las sombras del patio y la luz del muerto a sus espaldas. Alberto tenía las dos manos apoyadas en la madera y una sonrisa como un sarcasmo travieso hacia lo que estaba mirando. Una de las mujeres hizo un ruido de desaliento con la boca dirigido hacia los dos muchachos que se rieron sin hacer ruido. Por la puerta abierta del patio que daba hacia fuera, se veían un montón de luces que pertenecían a un barrio de la ciudad. Por arriba de los techos llegaba el olor de los árboles y el agua. Alberto se acercó al otro y le dijo que mirara. El otro se acercó y miró y la mujer volvió a chistar sin resultado. El muchacho vio la figura que formaban la vieja y el joven en la cama. La vieja movía sólo la parte de abajo de su cuerpo y su cara de atención, que resumía el estado de su ser dirigido a obtener un resultado único y concreto, contrastaba con la cara asustada y ansiosa del joven que estaba esperando esto tan asombroso que sólo llega una vez por primera vez.

Había una zona de luz en el patio que era algo ridículo frente al bloque de sombras. El muchacho dejó de mirar en el momento en que la vieja lanzaba una sonora carcajada de triunfo. Alberto se recostó contra la pared, agachó su cabeza y sonrió como si de pronto hubiera perdido una responsabilidad muy grande. Los tres regresaban por una avenida larga y muy iluminada. Hacía mucho calor y había gente sentada en la vereda para tomar el fresco de la noche. Cuando ellos veían a alguien bajaban la vereda y caminaban por la calle.

Alberto y Andrés eran hermanos, caminaban juntos y hacia un costado iba el muchacho. Cada tanto se cruzaban con un grupo de jóvenes que iban en la dirección contraria. El muchacho levantó una mano y dijo: Por ahí tengo una novia. Señalando el paisaje que se levantaba a su izquierda, un cúmulo informe de casas que parecían ir sufriendo hacia el cielo. Por ahí, vagamente había señalado. Pasaron por una barraca desde la que llegaba el olor nauseabundo de los cueros. Había un montón de troncos apilados en las sombras que parecían un montón de troncos solos y tristes.

Eso no se hace —dijo Andrés. Los otros dos levantaron sus cabezas. Andrés sabía que ellos habían mirado todo. Alberto miró con desaliento a su hermano, estaba triste de pronto por las dos sombras que caían sobre la perfección de esa noche: que Andrés supiera y la novia del otro. A veces pasaba un auto que los obligaba a subir la vereda. Se detuvieron un momento en una esquina, un fugaz momento en el que no se hablaron, se miraron ese momento, y tal vez fue ahí, detenidos bajo esa noche que permite entender por qué en la vida no hay nada repetible, que comprendieron que ninguno de los tres se iba a poder dormir con esas sombras. En seguida volvieron a caminar. Desde muy lejos llegaba una música entrecortada y alegre.

El muchacho se detuvo bruscamente en una esquina. Llegó hasta Andrés y le tocó un brazo. Ahí ¿ves?. La puerta marrón, abajo de la luz. Ahí vive ella — lo dijo rápidamente, así como alguien cree desnudarse el alma en un segundo, o en un poema. Alberto seguía también la dirección marcada por el índice del muchacho. Andrés sonrió apenas, dio un golpe cariñoso en las costillas del otro.

Subieron por la cuesta que formaba la calle, dejaron a la izquierda.

La vieja —dijo Andrés— La misma vieja me dijo que ustedes vicharon.

Los tres se miraron y sonrieron, con mucho ruido. Afuera de ellos había un silencio y una oscuridad con mucha gente durmiendo tranquila. Era verano, y el cielo se había deshecho en miles y miles de partículas brillantes. El alma y la eternidad estaban aseguradas.

El muchacho pensó un instante en la vieja y en la puerta mal iluminada de la casa de su novia. Todo estaba ahí, era hermoso e intenso, y no tenía necesidad de imaginar la ternura de ella durmiendo. Se detuvieron en una esquina para separarse. Alberto presionó con dulzura el brazo del muchacho que caminó solo la cuadra oscura que lo separaba de su casa.

Sólo había que salvar dos escalones para llegar al zaguán. El muchacho se sentó en el más alto. Apoyó la espalda en el ángulo que formaban la puerta y la pared y quedó inmóvil un rato. Después bajó su cabeza hasta apoyarla en sus rodillas. Era verano, había gente durmiendo y música, y una puerta por ahí, entre el hermoso paisaje de la ciudad. Volvió lentamente su cuerpo a la primera posición, después se cubrió la cara con sus manos. De pronto se había dado cuenta que todo había sido cierto, que había existido un verano alguna vez y que el alma había estado ahí, tan, pero tan cerca de la realidad.